

ANGELO. Deseo que desaparezca esa mujer sin que se sepa cómo ni por qué. La sepultura está abierta y el oficio de difuntos se celebrará, pero nadie sabrá por quién. Haré que saquen el cadáver los dos vigías que tengo encerrados en palacio, y siguiendo vuestro consejo, todo quedará sumido en la oscuridad. Enviad á buscar el veneno.

TISBE. Iré yo misma, porque nadie sabe dónde está.

ANGELO. Pues id, que aquí os espero.

Váse TISBE.

Prefiero que el castigo sea tan secreto como el crimen.

Se abre la puerta del oratorio, sale el ARCIPRESTE con los brazos cruzados y con los ojos bajos, atraviesa lentamente la cámara y se detiene en la puerta del fondo cuando le pregunta ANGELO:

Está preparada?

ARC. Sí, monseñor.

#### ESCENA IV.

ANGELO y CATALINA.

CAT. Preparada para qué?

ANGELO. Para morir.

CAT. Pero es eso cierto? ¿Es eso posible? No, monseñor, no estoy preparada.

ANGELO. ¿Cuánto tiempo necesitáis para prepararos?

CAT. No lo sé.

ANGELO. Acaso os falta valor?

CAT. Por qué he de morir? ¿Qué delito he cometido para merecer la muerte? Concededme un día, un día nada más, permitidme que viva y me encerraré en un claustro.

ANGELO. Os puedo permitir que vivais, pero ya os dije que con una condición.

CAT. Con qué condición? No la recuerdo.

ANGELO. Con la condición de que me declareis quién ha escrito esta carta, con la condición de que me entregéis al hombre que me deshonorra.

CAT. (Con desesperación.) Dios mio!

ANGELO. Si me entregais á ese hombre, vivireis. Me daré por satisfecho si él sube al patíbulo y vos entráis en un convento. Decidíos.

CAT. Dios mio!

ANGELO. No me respondeis?

CAT. ¡Me he helado de frío en el oratorio! estoy temblando!

ANGELO. Quiero ser complaciente con vos hasta el último minuto. Os concedo una hora para que os decidais á lo que os propongo; os dejo sola para que

reflexioneis que esto es lo que más os conviene. Os dejo la carta sobre la mesa, y si la firmáis con el nombre y apellido del culpable, salvareis vuestra vida. Catalina Bragadini, os es indispensable descubrirle ó morir. Podeis disponer de una hora para decidiros.

CAT. Concededme un día siquiera.

ANGELO. Solo os concedo una hora.

Váse.

#### ESCENA V.

CATALINA sola.

Esa puerta... (Vá á salir por ella.) ¡Oh, le ha pasado el cerrojo! Este balcon... (Asomándose á él.) Dios mio, está tan alto! (Se deja caer en un sillón.) ¡Es terrible la idea de la muerte cuando nos asalta de repente, en un momento inesperado! Estoy inquieta, desazonada... quizás podré reposar en el lecho. (Vá hácia la cama, descubre las cortinas y retrocede aterrada. En vez de la cama se encuentra con una hacha y con un tajo cubierto con un paño negro.) Qué es lo que veo! Eso es espantoso! (Corre las cortinas con movimiento convulsivo.) ¡Esa hacha y ese tajo son horribles! Y serán para mí! ¡Perdon, Dios mio!

Se abre la puerta del fondo y aparece RODOLFO.

#### ESCENA VI.

CATALINA y RODOLFO.

CAT. Rodolfo!

ROD. Sí, Catalina, yo soy, que vengo á verte un instante nada más. Es una dicha haberte podido encontrar sola. Pero te veo pálida y turbada!

CAT. Porque es muy imprudente que te arriesgues á venir aquí de día.

ROD. ¡Estoy tan inquieto que no puedo vivir sin verte!

CAT. ¿Qué es lo que causa tu inquietud?

ROD. Voy á decírtelo, Catalina. Soy feliz al verte tan tranquila.

CAT. Cómo has podido entrar?

ROD. Con la llave que me enviaste.

CAT. Pero y en palacio?

ROD. Pues eso precisamente es lo que causa mi inquietud. Entré tan fácilmente que temo la salida.

CAT. Por qué?

ROD. Porque el capitán de la guardia me ha avisado que á nadie se permitirá salir hasta la noche.

CAT. Dios mio, no podrá huir!

ROD. Todo el palacio está lleno de

esbirros, está custodiado como si fuera una cárcel. Logré introducirme en la galería grande y pude llegar hasta aquí. Aquí debe suceder algo extraordinario.

CAT. No, no, sosiégate, Rodolfo; aquí pasa lo mismo que siempre. Ya ves que en mi cámara todo está en su sitio. Pero vete pronto, que temo que entre el podestá.

ROD. No temas por esa parte, Catalina. El podestá se encuentra ahora en el puente del Molino interrogando á gentes que acaban de prender. Estoy inquieto porque hoy presentan extraño aspecto la ciudad y el palacio; cuadrillas de arqueros y de alabarderos venecianos recorren las calles, y la iglesia de San Antonio está colgada de negro, y cantan en ella el oficio de difuntos. Todos ignoran por quién: lo sabes tú?

CAT. Yo no.

ROD. No he podido penetrar en la iglesia; la población está aterrorizada y las gentes hablan en voz baja. No lo dudes, algo extraordinario está sucediendo, pero tú en tu aislamiento no sabes lo que pasa, porque no sucede nada aquí.

CAT. No...

ROD. Pues no nos importa lo demás. Dime: ¿te has repuesto ya del sobresalto de anoche? Fué aquel un lance que aun no me he podido explicar; pero ya te he librado de aquel infame esbirro, que no volverá á incomodarte.

CAT. Qué dices?

ROD. Que el esbirro ha muerto ya, pero... te veo muy afectada. ¿Qué es lo que te sucede?

CAT. Nada... nada... quisiera que te marcharas al instante... Tu presencia aquí me hace temblar.

ROD. Esta mañana te escribí una carta; encontré á Reginella y se la dí; no deben haberla interceptado... ¿La has recibido?

CAT. Ahí la tienes.

Indicándole la carta que ANGELO dejó sobre la mesa.

ROD. Cuando se escriben ciertas cartas, no estamos tranquilos hasta saber que se han recibido.

CAT. Pues bien; me has visto, me has hablado, debes estar tranquilo, porque aunque ves que en la ciudad hay desasosiego, aquí no hay novedad; por lo tanto, Rodolfo mio, en nombre del cielo, vete en seguida. Vete y vive precavido, y si por casualidad te proponen que escribas algo, busca una excusa cualquiera, pero no escribas.

ROD. Por qué me previenes eso?

CAT. Porque no quiero que nadie conozca tu letra. Ya sabes que las mujeres tenemos presentimientos... te agradezco mucho que hayas venido, que hayas entrado, que haya podido verte, porque así me quedo tranquila, alegre y contenta, y tengo para distraerme la guitarra y tu carta. Vamos, vete en seguida. Oye antes una palabra.

ROD. Dila.

CAT. Ya sabes que nunca te he concedido ningun favor.

ROD. Por qué me lo dices?

CAT. Porque hoy te lo voy yo á pedir. Rodolfo, un beso.

ROD. (Abrazándola.) Me haces ascender al cielo.

CAT. También se abre para mí!

ROD. Oh, felicidad!

CAT. Eres feliz? Pues adios!...

ROD. Adios. (Se vá y al llegar á la puerta se detiene.)

CAT. Adios, Rodolfo. Te amo!

Váse RODOLFO.

#### ESCENA VII.

CATALINA sola.

Hubo un instante en que me ocurrió la idea de huir con él, pero en seguida comprendí que era imposible. ¡Dios quiera que salga sano y salvo de palacio!

(Abrese la puerta grande.) Cielos!

Por ella entran ANGELO y TISBE.

#### ESCENA VIII.

CATALINA, ANGELO y TISBE.

CAT. (Esta es la mujer de anoche!)

ANGELO. ¿Lo habeis meditado bien, señora?

CAT. Sí, monseñor.

ANGELO. ¿Estais dispuesta á decirme quién es el culpable?

CAT. Ni un solo momento he pensado en denunciarle.

TISBE. (Es noble y valiente Catalina.)

ANGELO hace señas á TISBE y ésta le entrega una redomita de plata, que él deja sobre la mesa.

ANGELO. Entonces, bebed de ese frasco.

CAT. Es un veneno?

ANGELO. Lo acertásteis. El proveedor Urfeolo, un Bragadini, un ascendiente vuestro, hizo morir á Marcela Galbay del mismo modo y por el mismo delito.

CAT. Hablemos francamente; aquí no se trata de los Bragadini, sino de vos, que sois un infame, que venís con frialdad á proponerme que tome un veneno, acusándome de ser culpable, siéndolo mucho menos de lo que vos pensais. No



me rebajaré á justificarme, porque como vos mentís siempre, no me creeríais, y además, porque os desprecio. Os casásteis conmigo por mi opulencia y por pertenecer á mi familia el derecho sobre el agua de las cisternas de Venecia. Os casásteis conmigo por asegurar cien mil ducados de renta cada año. ¿Qué vida me habeis hecho llevar durante los cinco años que hace que me casé con vos? Sin amarme, estais celoso de mí, y mientras me teneis encerrada en esta cámara como en una cárcel, disfrutais de las mancebas que quereis, porque para vos todo es lícito. Conmigo habeis sido siempre taciturno, áspero y poco amable. ¿Creeis que es éste el modo de hacer feliz á una mujer? Preciso es haber sufrido lo que yo sufrí para conocer la suerte desgraciada de las mujeres. Y ya que me he decidido á hablaros con franqueza, os confieso que antes de conoceros amé á un hombre y que le amo aun: este es mi crimen, y si teneis derecho para castigarlo con la muerte, es preciso confesar que vivimos en una época detestable. Para vos debe ser una satisfaccion haber sorprendido esa carta, ser mi juez y mi verdugo en la oscuridad, ya que la fuerza está de vuestra parte, pero tambien la cobardía. (Dirigiéndose á TISBE.) ¿Qué concepto os merece este hombre, señora?

ANGELO. Cuidado con lo que decís!

CAT. (A TISBE.) Y vos quién sois? ¿Qué quereis de mí y qué conducta es la vuestra? Sois la dama pública de mi esposo y os interesa perderme; me espiais; descubris mis secretos y tratáis de aplastarme; ayudais á mi esposo en su proyecto abominable, y quizás, quizás le habeis proporcionado el veneno. (A ANGELO.) ¿Qué concepto os merece esta mujer, señor?

ANGELO. Señora!

CAT. Los tres pertenecemos á un país detestable, á una odiosa República, en la que se permite que el hombre pueda oprimir impunemente á la mujer desdichada, como vos lo habeis hecho conmigo, y en la que los demás os aplauden. Foscari hizo morir á su hijo, Lore-dano á su mujer, Bragadini... ¡no es esto una infamia! Venecia se encuentra ahora representada en esta cámara. Ahí está su déspota y aquí su cortesana.

ANGELO. (Cogiéndola por el brazo.) Vamos, señora, terminemos pronto.

CAT. (Aproximándose hacia la mesa.) Voy á cumplir vuestra voluntad, ya que es preciso. (Alarga la mano hacia el pomo y luego retrocede.) Pero no; esto es horroroso! Ni quiero, ni puedo. Reflexionad que soy una mujer

sola en el mundo, desamparada, indefensa, sin parientes y sin amigos, y que quereis envenenarla miserablemente en un rincón de su casa. Madre! Madre mia!

TISBE. Pobre mujer!

CAT. Habeis dicho pobre mujer! Luego teneis compasion de mí; sí, compadece-me; ya veis que me quieren asesinar, y esto no es posible que lo aproveis. Perdonad si mis anteriores palabras os ofendieron, que ya veis que no me avergüenzo de ser una mujer débil y digna de lástima, y que lloro porque la muerte me aterra.

ANGELO. No puedo esperar ya más tiempo.

CAT. No me interrumpais! (A TISBE.) Ya veis cómo me interrumpe, y esto no es justo. Ha comprendido que principiábais á conmoveros, y no me deja hablar y me corta la palabra. (A ANGELO.) ¡Sois un monstruo!

ANGELO. Esto ya es demasiado. Catalina Bragadini, el crimen cometido reclama su castigo, la sepultura abierta un cadáver y el marido ultrajado la mujer muerta. ¡Es inútil cuanto digais, os lo juro! Tomais el veneno?

CAT. No.

ANGELO. Pues bien, realizaré mi primer pensamiento. Yo mismo iré por los esbirros.

Sale violentamente por la puerta del fondo, que se oye cerrar con estrépito.

## ESCENA IX.

CATALINA Y LA TISBE.

TISBE. Solo podemos disponer de un instante; no perdamos tiempo y oidme lo que os tengo que decir. Obedeced al poder ó sois perdida. No tengo tiempo para explicarme más claro, porque en el estado que estais no sois razonable. Obedeced y bebed de esa redoma, porque si os decapitan, la muerte es segura, pero os salvais bebiendo. No podeis comprenderme, y sin embargo, os hablo con el corazón en la mano.

CAT. Señora!...

TISBE. Bebed sin pronunciar ni una sola palabra, y procurad que no pierda la confianza que en mí ha depositado vuestro esposo. Ahora no os puedo decir nada más; pero sabed que de nosotras dos una ha de morir, pero esa no sois vos.

CAT. Os obedeceré, señora.

TISBE. Bien... ya vuelve... callad.

TISBE vá á la puerta del foro cuando ésta se abre.

Entrad solo, monseñor.

Se ven algunos esbirros con las espadas desnudas en la pieza inmediata. Entra ANGELO y cierra la puerta.

## ESCENA X.

CATALINA, TISBE Y ANGELO.

TISBE. Se resigna á tomar el veneno.

ANGELO. Pues en seguida.

CAT. (Tomando la redoma.) Sé que sois la dama de mi esposo, y si intentais perderme, si vuestro deseo es usurpar mi puesto, cometeríais una accion abominable, y por triste que sea morir á los veintidos años, prefiero morir á cometer semejante accion.

TISBE. (Cuánta palabra inútil!)

CATALINA bebe. ANGELO se dirige á la puerta del fondo y entreabriéndola dice á los esbirros:

ANGELO. Marchaos.

CAT. Esta bebida me hiela la sangre! Ya estareis contento... Ahora que voy á morir y que ya no os temo, confesaré á mi verdugo, como confesaré á Dios, que he amado á un hombre, pero que he conservado intacta mi virtud.

ANGELO. No os creo, señora.

TISBE. (Yo sí.)

CAT. Me siento desfallecer... no... no quiero sentarme en ese sillón... no me toqueis; ya os he dicho que sois un infame.

Se dirige vacilando hacia el oratorio.

Quiero morir arrodillada ante mi altar, sola, tranquila, sin veros. Quiero morir rezando á Dios.

Entra en el oratorio.

ANGELO. Troilo!

Sale el UJIER.

Saca de mi escarcela la llave de mi sala secreta; en ella encontrarás á dos hombres; hazlos venir aquí sin decirles una palabra.

Váse el UJIER.

Ahora voy á interrogar á los que hice prender; pero antes tengo que dar mis órdenes á mis dos vigías, y luego quedará á vuestro cargo disponer todo lo demás. Tisbe, os encargo el secreto.

Salen los dos vigías introducidos por el UJIER, que se retira.

## ESCENA XI.

ANGELO, LA TISBE, ORFEO Y GABOARDO.

ANGELO. Diferentes veces habeis intervenido en las ejecuciones nocturnas de este palacio, y conoceis el subterráneo donde están los sepulcros.

GAB. Sí, monseñor.

ANGELO. ¿Conoceis algun pasadizo oculto por el que podais bajar al subter-

ráneo y salir de palacio sin que nadie os vea?

GAB. Entraremos y saldremos sin que nos vea nadie.

ANGELO. Eso quiero. (Entreabre la puerta del oratorio y la señala á los vigías.) Ahí hay una mujer muerta; teneis que llevarla secretamente al subterráneo: en él hallareis una losa removida, y bajo una sepultura abierta...; colocad allí á la mujer y en seguida tapadla con la losa. ¿Lo habeis comprendido?

GAB. Sí, monseñor.

ANGELO. Os vereis obligado á pasar por mi cuarto; voy á hacer salir á los que en él están. (A TISBE.) Cuidad de todo. (Váse.)

TISBE. (Sacando un bolsillo y dirigiéndose á los dos vigías.) Doscientos cequies de oro contiene esta bolsa... son para vosotros, y os daré doble mañana si me obedecéis.

GAB. (Tomando la bolsa.) Haremos todo lo que querais. ¿Dónde quereis que vayamos?

TISBE. Al subterráneo en seguida.

## CUADRO TERCERO

Un dormitorio y en el fondo una cama con colgaduras. Una puerta á cada lado; la de la derecha la cubre un tapiz. Mesas, sillones y sillas ocupadas por máscaras, abanicos, estuches medio abiertos y trajes de teatro.

## ESCENA PRIMERA.

LA TISBE, GABOARDO, ORFEO, UN PAJE negro y CATALINA amortajada y tendida en la cama, sosteniendo en el pecho el crucifijo de cobre. LA TISBE toma un espejo y lo aplica al rostro de CATALINA.

TISBE. (Al PAJE.) Acerca la luz... así... ya estoy tranquila! (Corre las cortinas de la cama.) ¿Estais seguros de que nadie os ha visto venir del palacio aquí?

GAB. Sí, porque la noche es oscurísima y á estas horas la ciudad está desierta. No hemos encontrado á nadie, señora. Vos misma presenciásteis cómo metimos el ataúd en la sepultura y visteis que le cubrimos con la losa. Nada temais. Ignoramos si esa mujer está muerta, pero para todo el mundo está enterrada en la tumba.

TISBE. Está bien. (Al PAJE.) ¿Has arreglado los vestidos de hombre que te mandé disponer?

PAJE. Allí están, señora. (Señalando un envoltorio que hay sobre una silla.)

TISBE. ¿Están ya en el patio á punto los caballos que te mandé preparar?

PAJE. Están ya ensillados y embriados.

TISBE. Son buenos?



PAJE. Excelentes, señora.

TISBE. Bien. Decidme: ¿cuánto tiempo se necesita con buenos caballos para salir del territorio de Venecia?

GAB. Segun; si os dirigís á Montebacco, que pertenece ya al dominio del Papa, solo se necesitan tres horas; hay muy buen camino.

TISBE. Basta; podeis iros ya, y os encargo que me guardéis el secreto. Volved mañana por la mañana y os dará la recompensa que os prometí. (Vánse los vigías. Al PAJE.) Tú cierra la puerta de la calle y no dejes entrar á nadie.

PAJE. ¿Cerraré tambien la entrada particular del señor Rodolfo?

TISBE. No, que quiero que entre, pero él solo. Vete.

## ESCENA II.

TISBE y CATALINA narcotizada.

TISBE. Creo que ya poco tardará en volver á la vida. No queria morir y lo comprendo. Sabia que era amada! Si la hubieran despreciado como á mí, hubiera muerto con júbilo. Me arde la cabeza! He pasado tres noches sin dormir; anteayer la fiesta, ayer la cita en que los sorprendí, hoy... esta noche dormiré.

Dá una ojeada á los trajes de teatro.

Las cómicas somos muy felices! Nos aplauden en el teatro, nos admiran, nos llaman divinas, nos cubren de flores, pero nuestro corazon gotea sangre. Rodolfo, creer en tu amor me era necesario para vivir; cuando creia en él pensaba muchas veces que cuando muriera espiraria á su lado, de modo que le fuera imposible arrancar mi imágen de su pecho. ¡La muerte no es nada, pero el olvido es horrible!

Se acerca á la cama, separa los cortinajes, fija las miradas en la inmóvil CATALINA y toma el crucifijo.

¡Madre mia, si este crucifijo ha proporcionado á alguno la felicidad en el mundo, no se la proporcionó á tu hija!...

Deja el crucifijo sobre la mesa, se abre la puerta secreta y aparece RODOLFO.

## ESCENA III.

Dichas y RODOLFO.

TISBE. Sois vos? Mucho me alegro, porque tenia precision de hablaros; oidme.

ROD. Tambien á hablaros vengo y vos sois la que me habeis de oír.

TISBE. Rodolfo!

ROD. Estais sola?

TISBE. Sola,

ROD. Dad la orden de que nadie entre.

TISBE. Ya la dí.

ROD. Permitidme cerrar estas dos puertas.

Echa los cerrojos.

TISBE. Escucho ya lo que teneis que decirme.

ROD. De dónde venís? ¿Por qué estais tan pálida? ¿En qué habeis pasado las execrables horas de este dia? No me contesteis, que yo os lo diré. Todo lo sé, todo lo sé, señora. A dos pasos de vos, en el oratorio, estaba Dafne escondida, y todo lo presencié y todo lo ha oido. El podestá decia: "No tengo ningun veneno,"; vos le contestásteis: "Yo sí." Pues si vos teneis un veneno, yo tengo un puñal.

Lo desenvaina.

TISBE. Rodolfo!

ROD. Un cuarto de hora os doy para prepararos á morir.

TISBE. Me quereis matar! ¿Aquí, en este momento, sin tener paciencia para esperar, sin tener la seguridad de cómo yo he procedido? ¿Con tanta facilidad tomáis esa resolucion! ¿Me quereis matar porque amais á otra! Rodolfo, deseo que me digais vos mismo que nunca me habeis amado.

ROD. Nunca.

TISBE. Esa palabra es la que me mata, no tu puñal.

ROD. Amaros yo? Jamás os quise; siempre me inspirábais compasion.

TISBE. No te creia tan ingrato! ¿Amabas mucho á Catalina!

ROD. Si la amaba! Quiero que lo sepais, ya que así os atormento: era para mí una mujer casta y sagrada, era para mí la vida, mi tesoro, mi consuelo, mi único pensamiento.

TISBE. Entonces he obrado bien.

ROD. Conque obrásteis bien?

TISBE. Ni siquiera podrás comprenderlo.

ROD. Lo sé, porque esta es la segunda vez que me lo decís. Además, aun resuena en mi oído la declaracion de Dafne, por la que supe que en su cámara solo estaban Catalina, Angelo y La Tisbe. Sé que fuísteis á buscar el veneno y que la persuadísteis á que lo bebiera. Vuestro es este pañuelo que he encontrado en la cámara de Catalina y suyo es el crucifijo que encuentro sobre esa mesa. ¡Aun pretendéis que no esté seguro de vuestro delito!

TISBE. Rodolfo!

ROD. Decidme pronto lo que tengais que decir para justificaros.



AH! QUE ES LO QUE HE HECHO

A. Cantu Jauriqui



TISBE. Nada, Rodolfo: es verdad lo que te han dicho; créelo. Llegas á tiempo, porque estaba deseando morir y buscaba el medio de espirar á tus plantas. Nunca me hubiera podido esperar la dicha de morir á tus manos: así estoy segura de que oirás mis últimas palabras y de que recibirás mi último aliento. No quiero vivir ya que no me amas; mátame, por favor, que yo te daré las gracias.

ROD. Señora!...

TISBE. Escucha un solo instante lo que tengo que decirte. Siempre fui digna de lástima. Te hab' así porque esas palabras rebosan de mi corazón, lleno de amargura. El mundo no tiene compasión de nosotras las cómicas, porque raras veces sabe hasta el extremo que llegan nuestro valor y nuestra virtud. Qué apego puedo tener á la vida! Empecé á mendigar desde la niñez; á los diez y seis años me moría de hambre; me recogieron señores poderosos en las calles, y desde un cieno caí en otro cieno. Amé cuando ya era tarde; por mi posición necesitaba un alma que comprendiese á la mía; creí hallarla y me equivoqué. Seis meses hace que te conocí, seis meses que eres para mí la delicia y el único objeto de mi existencia; pero en estos seis meses no he estado nunca completamente segura de que me amases, y te atormentaba con mis celos: me acabas de desengañar; pero no te odio por esto, que no es culpa tuya. Me convenzo ahora de que esa mujer llenaba tu vida por completo y de que yo te servía de distracción y de pasatiempo. Pero vivir sin tu amor me es imposible. Veo que ni te dignas escucharme. Soy tan desgraciada, que el que nos oyera me compadecería.

ROD. Mientras el podestá fué á buscar los cuatro esbirros, le diríais palabras tan terribles, que la obligaron á tomar el veneno. Mi razón se extravió! ¿Es cierto que la habeis muerto, que la habeis envenenado? ¿Dónde está Catalina? ¿No sabéis que es la única mujer que he amado, la única? Lo oís?

TISBE. Es demasiada crueldad darme tantas puñaladas. Por compasión, mátame de una vez.

ROD. Lo confesais! ¡Vos misma lo confesais!

TISBE. Sí; como obré volvería á obrar.  
Mátame.

ROD. (Exasperado.) Señora!

TISBE. La he asesinado, mátame.

ROD. Miserable! (La hiere.)

TISBE. Me has herido en medio del corazón. Gracias, Rodolfo. Dame la mano. Me has librado de padecer. Ya que voy á espirar, sé indulgente conmigo y dime algunas frases de compasión.

ROD. Señora!...

TISBE. Accedes!

CAT. (En la cama y tras de las cortinas.) ¿Dónde estoy?

ROD. Qué oigo! Es su voz!

Se vuelve y vé que CATALINA ha descorrido los cortinajes.

CAT. Rodolfo!

ROD. (Se dirige á la cama y la saca en brazos.) ¡Catalina! Tú aquí! Tú viva! Cómo es esto? (Volviéndose hácia LA TISBE.) ¡Ah, qué es lo que he hecho!

TISBE. (Arrastrándose á él y sonriéndose.) Nada; yo tengo la culpa de todo; deseaba morir é impulsé tu mano.

ROD. Catalina, quién te ha salvado?

TISBE. Yo la salvé para tí.

ROD. Tisbe! Socorrámosla! ¡He sido un miserable!

TISBE. Es inútil que me socorras; lo conozco y te lo agradezco. Entrégate al júbilo como si yo no estuviera delante. No quiero molestarte. Engañé al podestá, haciendo que Catalina bebiera un narcótico en vez de un veneno. Todos la creyeron muerta, pero estaba aletargada. En el patio teneis caballos preparados para huir, y en esa silla un traje de hombre para ella... huid inmediatamente... en tres horas podeis salir del territorio de Venecia. Sed felices, ya que he desatado el lazo que la ligaba á otro hombre. Murió para el podestá y vive para tí.

ROD. Catalina!... Tisbe!...

Cae de rodillas ante ésta, que está espirando.

TISBE. (Con voz cada vez más apagada.) Voy á morir... pensarás alguna vez en mí y dirás... "Me quería mucho la pobre Tisbe!" Estas palabras me harán temblar de gozo en la tumba... permitidme, señora... que por última vez... le diga... adios, Rodolfo mio... Huid pronto... muero... bendiciéndote.

Muere.